

Nicolás Ortega Cantero

Viajeros y geógrafos en el descubrimiento del paisaje de España

El descubrimiento del paisaje de España es un hecho moderno, que se desarrolla desde principios del siglo XIX. Los viajeros románticos que recorrieron el país a lo largo de la primera mitad del siglo desempeñaron un papel importante en ese descubrimiento, que llevaron a cabo en términos sobre todo estéticos, al tiempo que algunos de ellos, como Alexander von Humboldt, propusieron interpretaciones actualizadas de la caracterización natural y geográfica del territorio español. Después, en los años setenta de ese mismo siglo, una nueva aportación prolongó y amplió ese descubrimiento del paisaje de España iniciado antes por los viajeros románticos. Esa aportación fue la del geógrafo francés Élisée Reclus, quien aplicó la perspectiva del paisajismo geográfico moderno para ofrecer una imagen del paisaje de España apoyada al tiempo en criterios estéticos y en criterios científicos. A esa primera etapa del descubrimiento del paisaje de España, que abarca tres cuartos del siglo XIX, desde sus inicios hasta mediados de los años setenta, me voy a referir aquí, señalando el papel que desempeñaron en ella los viajeros y geógrafos foráneos que se acercaron al país.

La primera imagen geográfica moderna de España se debió a Alexander von Humboldt (1769-1859). Además de fundar, junto al también alemán Karl Ritter, la geografía moderna, Humboldt realizó, con el botánico francés Aimé Bonpland, entre 1799 y 1804, un viaje por la América española que fue decisivo para su labor investigadora y decisivo también para la conformación del conocimiento geográfico moderno. Antes de iniciar el viaje, estuvo en España cinco meses, de enero a junio de 1799. Venía de París, y cruzó la frontera por los Pirineos orientales, por Le Perthus, el 5 de enero, siguiendo después un itinerario que le llevó a Gerona y luego, por la costa, a Barcelona, Tarragona y Valencia.

En Valencia dejó su ruta costera y se adentró en el interior peninsular para llegar a Madrid, donde estuvo casi tres meses, entre febrero y mayo, y desde donde visitó Aranjuez para ser presentado al rey, Carlos IV. Le facilitaron dos pasaportes –uno del Secretario de Estado y otro del Consejo de Indias– para poder recorrer y estudiar con entera libertad los territorios americanos de la Corona española, y con ellos salió de Madrid para llegar, a finales de mayo, a través de Castilla la Vieja, León y Galicia, a la ciudad de La Coruña, desde cuyo puerto partió hacia América, en la corbeta *Pizarro*, el 5 de junio.

Humboldt hizo así un amplio viaje por España que le permitió observar y conocer su caracterización geográfica física, sus principales rasgos topográficos, climáticos y botánicos. Mostró una curiosidad inagotable por la realidad geográfica que estaba descubriendo, hizo innumerables mediciones y comprobaciones de variado signo, y elaboró una primera interpretación moderna –geográficamente moderna– de la caracterización natural de España.

Camino ya de América, tras dos semanas de navegación, la experiencia española de Humboldt se completó con una escala de seis días –del 19 al 25 de junio– en la isla de Tenerife, que incluyó la ascensión al Teide. Las formas volcánicas que allí encontró y el paisaje y la vegetación de Tenerife –sobre todo del valle de La Orotava– le causaron una honda impresión. Fue su primer encuentro con una naturaleza distinta a la europea, a la que dedicó muchas páginas en su *Relación histórica del Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* –los tres últimos volúmenes, publicados entre 1814 y 1825, de los treinta que recogieron los resultados de su *Viaje* americano–, y dos grabados, con sus correspondientes comentarios, respectivamente dedicados al cráter del Teide, realizado a partir de un dibujo del propio Humboldt, y al dragón de La Orotava, incluidos en las *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, que ocuparon dos volúmenes (XV y XVI), aparecidos en 1810, del *Viaje*.

Humboldt ofreció una nueva visión de ese paisaje canario, acorde con los puntos de vista del paisajismo geográfico moderno que él contribuyó decisivamente a conformar, en la que se aunaron la explicación científica y la comprensión estética (Ortega Cantero 2004a). Y ofreció además algunas interpretaciones muy interesantes e innovadoras sobre la caracterización natural –climática y botánica– de aquel paisaje, y sobre sus manifestaciones volcánicas. Propuso así una ima-

gen renovada, geográficamente moderna, de la naturaleza y del paisaje de la isla de Tenerife y del pico del Teide, que incluyó una nueva manera de interpretar su caracterización volcánica, distanciada de los enfoques neptunistas entonces dominantes.

Del mismo modo que renovó la visión del ámbito geográfico canario, también propuso Humboldt una imagen en buena medida innovadora de los rasgos geográficos de la Península Ibérica. Apoyó esa imagen en los resultados de sus observaciones —entre ellas, en primer lugar, las barométricas— y en los estudios que llevó a cabo a lo largo de sus recorridos peninsulares. Y la apoyó también en los trabajos realizados con anterioridad por algunos autores españoles relevantes, entre los que se contaban Jorge Juan, Agustín de Betancourt, Isidoro de Antillón y, sobre todo, Felipe Bauzá. Humboldt elaboró así los dos primeros perfiles topográficos de la Península (uno de ellos de dirección SE-NO, desde Valencia a La Coruña, y el otro de dirección SO-NE, entre los Pirineos y Sierra Nevada), y, en relación con ellos, propuso una nueva imagen de la caracterización morfológica y natural del conjunto peninsular. Esta visión geográficamente actualizada de la Península Ibérica, acorde con los puntos de vista de la geografía moderna, la expuso Humboldt en dos escritos de diferente carácter y proyección.

El primero de ellos, que tituló “Noticia sobre la configuración del suelo de España y su clima”, se incluyó en el primer tomo del *Itinerario descriptivo de España* de Alexandre de Laborde, aparecido en París en 1808, que recogió además después (en la tercera edición, de 1827), en el *Atlas* que acompañaba a los tomos de la obra, los dos perfiles de la Península elaborados por Humboldt. El otro escrito, denominado “Sobre la configuración y el clima de la meseta de la Península Ibérica”, se publicó en 1825, con los perfiles, en la revista alemana *Hertha*. Fue el primero de los textos citados, el que apareció en el *Itinerario* de Laborde, el que más contribuyó a dar a conocer la nueva visión geográfica de España promovida por Humboldt. La obra de Laborde, reeditada en diversas ocasiones, tuvo un éxito considerable, y contribuyó en buena medida a divulgar las ideas y las interpretaciones geográficas de Humboldt incluidas en ella. Además, el *Itinerario* de Laborde se tradujo al español, con el texto de Humboldt, en 1816. Fue así una vía importante de propagación de una visión geográfica de España plenamente moderna, inscrita en el horizonte de la

nueva geografía que el propio Humboldt estaba contribuyendo a conformar.

Las claves de la imagen geográfica de España ofrecida por Humboldt se pueden resumir en los siguientes puntos:

1. Se trata, en primer lugar, de una visión eminentemente naturalista, inscrita en el horizonte de lo que hoy llamamos geografía física, que propone una imagen actualizada, geográficamente renovada, de la configuración natural de la Península Ibérica.
2. En segundo lugar, Humboldt señala con claridad los acusados contrastes naturales y geográficos existentes entre el ámbito interior —el ámbito de la meseta central o castellana— y las zonas periféricas que lo rodean —las franjas costeras—. Plantea así, con criterio geográfico, una de las claves de la organización natural de España (y de la Península Ibérica), que aparecerá desde entonces continuamente destacada en los libros de viajes románticos y en las visiones geográficas de los siglos XIX y XX: la diversidad interna o regional de España, los acusados contrastes existentes entre unos ámbitos geográficos y otros, y, en particular, como advirtió Humboldt, los contrastes entre el centro de España y sus ámbitos periféricos.
3. En tercer lugar, se refiere también Humboldt a otra idea ampliamente difundida en las consideraciones literarias y científicas sobre España: su proximidad natural a África. La caracterización botánica de diversos ámbitos de las franjas periféricas españolas es, como advierte Humboldt, semejante a la del norte del continente africano. El siguiente texto es elocuente en ese sentido, y también lo es en relación con lo señalado en el punto anterior, los contrastes existentes entre el centro y la periferia de España:

El viajero se alegra de dejar a su espalda la meseta castellana, desprovista casi de vegetación y donde en invierno el frío es intenso, mientras que en verano el calor resulta opresivo. Dicha meseta, que se alza en el centro del país, está rodeada de una zona baja y estrecha, en varias partes de la cual crecen palmeras enanas, la datilera, la caña de azúcar, el plátano y otras muchas plantas comunes a España y el norte de África, y que viven sin sufrir de las heladas invernales (Humboldt 1982: 6-7).

4. Habla finalmente Humboldt, en cuarto lugar, de la notable singularidad de la configuración natural de España, que no se encuentra en ningún otro país de Europa, singularidad causada por la exis-

tencia de la meseta central, el núcleo de altas tierras o altiplanicie que ocupa el ámbito interior español. Es la meseta más alta de Europa, y su presencia produce importantes efectos, favorables y desfavorables, sobre la realidad natural y geográfica española, entre los que se cuentan las características climáticas de España, su acusada sequedad y su intensa aridez.

Ningún país de Europa –afirma Humboldt– presenta una configuración tan singular como la de España; y esta forma explica la aridez del suelo en el interior de las Castillas, donde no faltan sin embargo los ríos, y la diferencia de temperatura que observamos entre Madrid y Nápoles, dos ciudades situadas casi a la misma latitud (Humboldt 1827: 2-3).

Poco después, en el mismo texto, insiste Humboldt (1827: 3) en esa singularidad: “El interior de España –escribe– es una meseta; y, entre las mesetas de Europa que ocupan una gran extensión de terreno, es la más elevada”. Y en una de las cartas que envió durante su recorrido por España, escrita en Aranjuez, en abril de 1799, hablaba también de manera muy expresiva de los contrastes internos del territorio y de la importancia de la meseta central:

En el país entre Castellón de la Plana y Valencia, la agricultura y la jardinería no han sido sobrepasadas posiblemente en toda Europa. Pero quince leguas más lejos, hacia el interior del país, todo es desierto. Ese interior es la cumbre de una montaña, que permaneció 2.000 a 3.000 pies sobre el nivel del mar, cuando el Mediterráneo se tragó todo. La España debe su existencia a esa altura, pero también le debe (salvo las costas), su sequedad, y en parte su frío (Humboldt 1980: 8).

La visión geográfica de España ofrecida por Humboldt plantea así, en términos naturalistas, de geografía física, tres aspectos fundamentales. El primero de ellos es la existencia de importantes contrastes internos o regionales, y, en particular, entre el centro (la meseta) y la periferia (las franjas costeras). A ello se añade el que se refiere a la cercanía natural de España y África, manifestada en la presencia en ciertos ámbitos periféricos españoles de rasgos botánicos iguales a los africanos. Esta conexión natural, a menudo extrapolada a otros rasgos, constituirá desde entonces una idea habitual en otras muchas imágenes literarias y geográficas de España, y será finalmente discutida por Manuel de Terán, en los años cincuenta del siglo XX, al aplicar en su interpretación criterios geográficos e históricos más amplios que los meramente físicos o naturalistas. Y, por último, el tercero de estos aspectos es la importancia de la meseta central o castellana como fac-

tor causante de los rasgos más importantes y singulares de la configuración natural de España. La aportación de Humboldt en esta dirección fue particularmente interesante y valiosa, y no es exagerado decir, siguiendo a Luis Solé Sabarís (1966: 16-19), que supuso un verdadero “descubrimiento” de la meseta española.

Humboldt ofreció de ese modo una visión geográfica moderna de España, en la que quedaban debidamente destacadas las claves de su conformación natural. Moviéndose en un horizonte naturalista, en las coordenadas de la geografía física, lo que hizo fue interpretar, con criterios actualizados, la realidad física o natural del territorio español. Señaló las notas geográficamente más sobresalientes de esa realidad, que se concretaban sobre todo en la importancia de la meseta y de los contrastes internos existentes en el conjunto territorial. Y a todo ello se añadieron sus consideraciones canarias, en las que se refirió también a la caracterización natural de aquel ámbito volcánico y ofreció al tiempo una visión geográficamente moderna de su paisaje, aunando la mirada científica y la estética, la intención explicativa y la comprensiva.

La visión de la caracterización geográfica de España ofrecida por Humboldt a principios del siglo XIX influyó en otras visiones de esa misma realidad que se sucedieron después. Muchos de los escritores románticos que viajaron por España fueron sensibles a esa influencia, y no es difícil encontrar en sus relatos viajeros la huella de la imagen geográfica conformada por Humboldt. Con esa imagen se corresponden, por ejemplo, las consideraciones sobre los contrastes regionales internos de España que esos escritores plantean con frecuencia, o algunos de sus comentarios sobre los rasgos naturales de la meseta castellana. Los escritores románticos que recorrieron España se mostraron en ocasiones doblemente influidos por Humboldt. En primer lugar, en términos generales, por su modo de entender y valorar el paisaje, expresado ya con claridad en algunas de sus primeras obras —principalmente, en los *Cuadros de la Naturaleza*, libro publicado por vez primera en 1808 y que supuso una especie de manifiesto fundacional del paisajismo geográfico moderno,¹ y en las ya mencionadas

1 La primera edición alemana de los *Ansichten der Natur*, de 1808, se vio después considerablemente aumentada por el autor en su tercera y definitiva edición, publicada en 1849. La traducción francesa de esta tercera edición, realizada por Galuski y aprobada por el propio Humboldt, se publicó en París en 1866 (véase

Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América, de 1810—, que ejerció una notable influencia sobre todo el paisajismo decimonónico. Y, en segundo lugar, de manera más concreta, por su forma de interpretar la caracterización geográfica de España, señalando, entre otras cosas, el importante papel jugado en esa caracterización por la meseta central o castellana y por los contrastes regionales internos.

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, fueron numerosos los viajeros románticos que recorrieron la Península Ibérica y dieron cuenta de sus impresiones a través de sus escritos o de sus dibujos, grabados y pinturas. Muchos de ellos lo hicieron después de aparecer, en 1808, la “Noticia sobre la configuración del suelo de España y su clima”, y en ocasiones cabe distinguir en sus imágenes, como acabamos de decir, ecos del horizonte paisajístico y geográfico de Humboldt. Tales viajeros desempeñaron un papel importante en el descubrimiento moderno del paisaje de España. Fueron los principales protagonistas del primer momento de la conformación de la imagen moderna del paisaje español (Ortega Cantero 1999).

El romanticismo inició, como es sabido, la tradición paisajística moderna. Fue el punto de vista romántico el que vertebró la renovada manera de percibir y valorar el paisaje que se desarrolló en la cultura europea —no sólo en términos literarios y pictóricos, sino también en términos naturalistas y geográficos— desde la segunda mitad del siglo XVIII. Y ese nuevo punto de vista, de signo romántico, se aplicó también, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, al paisaje español. Así surgió la imagen romántica del paisaje de España, en cuya formación participaron sobre todo los viajeros extranjeros que recorrieron en esos años el país y dejaron plasmadas sus impresiones, y, junto a ellos, algunos autores españoles —no muchos— que se mostraron sensibles a los nuevos vientos paisajísticos de la cultura europea. Los libros de viajes debidos a los primeros desempeñaron un papel destacado en el descubrimiento moderno del paisaje español.

La corriente de viajeros extranjeros que recorrió España en la primera mitad del siglo XIX fue abundante. Uno de los primeros en

Humboldt 1990). En España, apareció también, diez años después, una traducción de esa tercera edición, aunque sin sus dos prólogos (véase Humboldt 1876).

hacerlo fue un gran viajero francés: Alexandre de Laborde, que recorrió España entre 1800 y 1805. Escribió dos obras importantes e influyentes: el *Viaje pintoresco e histórico de España*, publicado en dos tomos entre 1806 y 1820, y el *Itinerario descriptivo de España*, con cinco volúmenes y un atlas, aparecido por vez primera en 1808. En esta obra se incluyó, como dijimos antes, la “Noticia” de Humboldt. Las dos fueron obras de gran envergadura, muy completas y muy bien ilustradas, que tuvieron una gran influencia en España y fuera de España. Fueron una aportación fundamental a la imagen moderna de España, apoyada además en la interpretación naturalista y geográfica de Humboldt.

La Guerra de la Independencia contribuyó a despertar y ampliar el interés por lo español. Algunos militares o agentes ingleses y franceses compaginaron entonces la dedicación bélica y el ejercicio de la curiosidad viajera. Junto a las memorias de diversos combatientes, se escribieron algunos libros de viajes en los que asomaron los renovados ingredientes del horizonte romántico. Así ocurre, por ejemplo, con las interesantes *Vistas de España* en las que Edward Hawke Locker dio cuenta gráfica y literaria de los recorridos que pudo hacer, en el otoño de 1813, al tiempo que cumplía su misión de entregar a Wellington ciertos mensajes confidenciales.

Una vez terminada la Guerra de la Independencia, no decayó el interés por España. Con los años veinte del siglo XIX se inició lo que José Alberich (1981: 33) denominó “la Edad de Oro de la literatura viajera de tema español en lengua inglesa”, que alcanzó sus momentos culminantes, casi mediado el siglo, con los valiosos libros de George Borrow (*La Biblia en España*, 1843) y de Richard Ford (*Manual para viajeros por España y lectores en casa*, 1845). Y fue en los decenios de los años treinta y cuarenta cuando llegó a España la mayor parte de los grandes viajeros franceses, entre cuyos frutos literarios se cuentan obras tan sobresalientes como las *Cartas de España* (1831-1833) de Prosper Mérimée, *Un invierno en Mallorca* (1842), de George Sand, el *Viaje por España* (1845) de Théophile Gautier, *Mis vacaciones en España* (1846), de Edgar Quinet, el *Viaje por España* (1847-1848) de Alexandre Dumas, o *Los Pirineos* de Victor Hugo, obra póstuma, de 1890, que recoge las impresiones del viaje realizado por su autor en el verano de 1843.

Entre los libros de viajes más significativos se encuentran, sin duda, los del inglés Richard Ford (1796-1858), que estuvo en España entre 1830 y 1833. Su obra más conocida fue el *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, de 1845, y un año después, en 1846, publicó *Las cosas de España*. Este segundo libro fue editado en español en 1922 por Alberto Jiménez Fraud en su Colección Abeja, traducido y prologado por Enrique de Mesa. El otro libro de Ford, el *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, fue uno de los más importantes e influyentes de su género. Era una fuente de información bastante completa y perspicaz, y no exenta de sentido crítico. Azorín (1911) afirmó que la observación de Ford había sido “aguda, reflexiva”, y que su *Manual* era “uno de los mejores libros que poseemos sobre España”. También Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza supieron apreciar el valor del *Manual* de Ford, que utilizaron con frecuencia en sus excursiones artísticas, y que fue corregido, subsanando errores e insuficiencias, por Juan Facundo Riaño, experto en cuestiones artísticas y colaborador de la Institución desde sus inicios (Ortega Cantero 2004b).

Los viajeros románticos plantearon numerosas consideraciones sobre los modos de vida, los tipos humanos, las costumbres y las formas de organización social de España, y esas consideraciones se hallaron en ocasiones bastante condicionadas, como señaló con razón Alberich (1987), por ciertas ideas y creencias previas, por determinados prejuicios. Pero, al tiempo, los viajeros románticos ofrecieron también numerosas imágenes del paisaje que fueron encontrando en su recorrido, y, en este terreno, en el terreno paisajístico, sus impresiones y sus juicios solían ser más directos y originales, no estaban mediatizados por interpretaciones o visiones preconcebidas. A la hora de enfrentarse al paisaje de España, los viajeros románticos no podían apoyarse en estereotipos acuñados con anterioridad. A diferencia de lo que ocurría con los aspectos históricos, sociales o políticos, que contaban con precedentes interpretativos, a menudo literarios, susceptibles de ser utilizados, el paisaje, concebido en términos modernos, era una realidad nueva, una realidad de ascendencia romántica, con nuevos valores y significados, que demandaba, para ser debidamente entendido, actitudes y perspectivas igualmente nuevas. De ese modo, con esas actitudes y perspectivas de nuevo cuño, los viajeros que anduvieron por

España en la primera mitad del siglo XIX contribuyeron al descubrimiento moderno de su paisaje.

Esos viajeros incorporaron fielmente las claves y las preferencias de la visión romántica del paisaje, compartidas, desde principios del XIX, por el paisajismo geográfico promovido por Humboldt. En los relatos de los viajeros, se mostraron con claridad, en primer lugar, las claves de ese paisajismo moderno. Ante todo, la idea de que el paisaje es una entidad unitaria, la resultante de un conjunto de componentes relacionados entre sí. Para los viajeros románticos, el paisaje expresa el orden de la naturaleza, un orden que resulta del conjunto de nexos y correspondencias que unen entre sí las diferentes partes de la naturaleza. En este sentido, los viajeros románticos ofrecieron múltiples imágenes del paisaje español en las que se señaló la presencia simultánea de sus diversos componentes y el resultado conjunto de sus relaciones. Hablando del ámbito montañoso de las proximidades de Irún, en el País Vasco, advierte Gautier, por ejemplo, lo que sigue:

El paisaje era encantador, quizá un poco suizo, y de muy variado aspecto. Crestones de montañas, por cuyos intersticios se divisaban otras cadenas más elevadas, se redondeaban a los lados del camino; sus laderas, abigarradas de cultivos diferentes, con bosques de robles verdes, formaban un vigoroso contraste con las cimas lejanas y esfumadas; los pueblecillos con sus tejas rojas se extendían al pie de las montañas entre macizos de árboles [...]. Torrentes, caprichosos como mujeres, van y vienen formando pequeñas cascadas, se bifurcan, vuelven a unirse, a través de rocas y guijarros, de la manera más divertida, y sirven de pretexto a multitud de puentes de lo más pintoresco del mundo. [...] Macizos de árboles y grupos de encinas realzan felizmente las grandes líneas y los tintes vaporosamente severos de las montañas (Gautier 1920, I: 36-37).

También incorporan los viajeros románticos la idea de que existen relaciones estrechas y duraderas entre el paisaje y los hombres que lo habitan. Están convencidos de que los grupos humanos y los paisajes son solidarios, de que entre unos y otros se establecen lazos de unión sumamente importantes. La caracterización de los ámbitos castellanos y manchegos expresa al tiempo, según Richard Ford (1982: 199), “la condición física” de esas tierras y “las cualidades morales” de quienes las habitan:

La ausencia general de árboles —añade Ford— expone estas amplias y descubiertas llanuras a la rabia y violencia de los elementos; casas de adobe sumamente pobres, esparcidas aquí y allí en la extensión desolada, dan

un lamentable refugio a la población, pobre, orgullosa e ignorante (Ford 1982: 200).

Y Edgar Quinet habla también, ante el paisaje de La Mancha, de esas mismas correspondencias:

A lo lejos, la tierra se asemeja al campesino español. Desnuda como él, se exhibe al sol en su capa agujereada de cizaña. Es silenciosa como él: ni un canto de pájaro, ni un murmullo de arroyuelos, ni de follaje. Sobria como él, sólo el rocío la fertiliza. Independiente como él, ni hoyos, ni empalizadas: la igualdad está grabada en su faz. Como el campesino no reconoce más que la soberanía de Dios, la tierra no se inclina más que a los pies de las rocas eternas de Sierra Morena (Quinet 1931: 99).

La visión de los paisajes españoles que proporcionaron los viajeros de la primera mitad del siglo XIX se atuvo también con claridad a los gustos y preferencias del horizonte romántico. De acuerdo con los cánones alpinos y nórdicos que presiden esos gustos y preferencias, los viajeros románticos mostraron, a la hora de dar cuenta de los paisajes naturales españoles, una marcada predilección hacia los ámbitos montañosos y boscosos y una no menos marcada animadversión hacia los ámbitos llanos. Las mejores imágenes ofrecidas por los viajeros, en este terreno, son las que se refieren a los paisajes españoles de montaña, donde a la presencia del roquedo se añade con frecuencia la de la vegetación. Es lo que sucede, por ejemplo, en numerosos lugares de los Pirineos, donde, en palabras de Ford (1983: 83), “el paisaje es una espléndida mezcla de roca y bosque”. Y también se sienten atraídos por los paisajes húmedos y boscosos del Norte peninsular, a menudo conectados, de forma más o menos directa, con formas montañosas próximas.

Los ámbitos de montaña interesaron especialmente a los viajeros románticos, que desplegaron ante ellos las mejores posibilidades de sus nuevos modos de ver, sentir y pensar el paisaje. Su visión de las montañas españolas —de los Pirineos o de Sierra Morena, de la Sierra de Guadarrama o de Sierra Nevada, por ejemplo— constituye, sin duda, uno de los logros mayores y más valiosos de su perspectiva paisajística. Aplicando los nuevos puntos de vista del paisajismo moderno, de cuño romántico, los viajeros supieron descubrir las cualidades y los valores de los paisajes españoles de montaña, y las imágenes que ofrecieron de ellos constituyeron el punto de partida de todo el acerca-

miento posterior –cultural, naturalista y geográfico– a esos mismos ámbitos.

A diferencia de lo que ocurre con los paisajes de montaña, los de las llanuras apenas interesaron a los viajeros románticos. El paisaje del interior de España, el amplio ámbito llano de la meseta, no tenía alicientes para el paisajismo romántico. Yendo desde Madrid hacia Toledo, Gautier (1920, I: 197) habla, por ejemplo, de “un camino detestable, en una llanura inmensa, polvorienta, cubierta de trigos y de cebadas, cuyo amarillo pálido contribuye a la monotonía del paisaje”. Ford (1980: 328) se refiere a las desagradables sensaciones que experimentan los viajeros al atravesar las llanuras de La Mancha, “fatigados por perspectivas de miseria inmutable y por una falta total de cualquier cosa de interés, tanto en el hombre como en sus obras, o en la naturaleza de que se ven rodeados”. Y habla también Ford (1983: 87) de “las regiones desnudas de Castilla la Vieja”, donde lo mejor que puede hacer el viajero es “salir de nuevo de ellas lo más rápidamente que le sea posible”. Los viajeros románticos no se sintieron atraídos por el paisaje castellano, que hubo de esperar algunos años, hasta el último tercio del siglo, para lograr el reconocimiento de sus cualidades y valores.

La nueva perspectiva paisajística de los viajeros románticos no se limitó a considerar los ámbitos de carácter predominantemente natural. También se fijó en los paisajes más humanizados, y, dentro de ellos, prestó atención a los de índole urbana. Los viajeros románticos mostraron, en este caso, preferencias igualmente claras: apenas les interesaron las aglomeraciones modernas, con sus secuelas de uniformidad y monotonía, frecuentes en sus países de origen, y se sintieron atraídos por las ciudades que todavía mantenían caracterizaciones más originales, sugerentes y pintorescas. Los viajeros románticos prefieren las ciudades españolas de más acusada personalidad, aquellas que, por variadas razones, conservan viva la impronta de su singularidad. El ámbito que, en este sentido, acaparó la mayor parte de su atención fue Andalucía (López Ontiveros 1988). Junto a la habitual consideración de otros núcleos urbanos también atractivos, como Toledo, con su densa historia y su tinte legendario, o Aranjuez, con sus bellos y sugerentes jardines, los viajeros románticos concentraron sus puntos de vista sobre el paisaje urbano en las ciudades andaluzas. “Sevilla, Cór-

doba, Ronda y Granada –escribió Ford (1980: 17)– cada una a su manera peculiar, no tienen rival ni en España ni en Europa”.

Las imágenes del paisaje urbano contenidas en los relatos de los viajeros románticos aciertan a destacar algunos de sus rasgos más significativos y valiosos. Tales imágenes, apoyadas también en los criterios valorativos del paisajismo moderno inaugurado por el romanticismo, tienen la virtud de llamar la atención sobre los componentes cualitativamente más apreciables de la ciudad, y resaltar su importancia en la conformación y en la habitabilidad del conjunto urbano. Los viajeros románticos prestaron atención, por ejemplo, a los trazados urbanos tradicionales, y advirtieron su alto grado de adecuación respecto de las condiciones climáticas existentes, elogiaron la función de los patios de las casas, elementos primordiales y sabiamente concebidos para mejorar la calidad de la vida urbana en ámbitos cálidos, e insistieron en la importancia que adquieren la vegetación, los jardines y los lugares de paseo en la caracterización de las ciudades y en las vivencias y relaciones de sus habitantes. Todo ello se conjuga con particular claridad en las imágenes del paisaje urbano andaluz que ofrecen los relatos de los viajeros románticos. Y tales imágenes constituyen otra de las aportaciones más originales e interesantes del paisajismo moderno que esos viajeros comenzaron a practicar.

Los relatos de los viajeros que recorrieron España durante la primera mitad del siglo XIX ofrecieron, en suma, imágenes interesantes y valiosas del paisaje de España, porque en ellas se expresan con fidelidad los nuevos modos de percibirlo y valorarlo que caracterizan nuestra modernidad. Contribuyeron así de manera destacada a definir el primer eslabón, el momento inicial, del descubrimiento moderno del paisaje español. Además, como señalamos antes, la visión romántica del paisaje de España entrañó claves y preferencias también presentes en el paisajismo geográfico coetáneo. De ahí que la nueva manera de entender los paisajes españoles promovida por los viajeros románticos anticipase algunos de los rasgos de la visión de esos mismos paisajes conformada después por los enfoques geográficos modernos. Antes de que comenzaran a arraigar en España, en el último tercio del siglo XIX, los puntos de vista de la geografía moderna, los viajeros románticos aportaron un modo de entender el paisaje que adelantaba ciertos rasgos de esa perspectiva geográfica posterior.

Después de la interpretación propuesta por Humboldt, y al tiempo que se fueron dando a conocer las obras de los viajeros románticos que acabamos de comentar, aparecieron algunas otras visiones geográficas de España que contribuyeron a prolongar las consideraciones del primero. Conviene recordar, entre ellas, las del geógrafo, naturalista y cartógrafo francés Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent (1780-1846), y las del naturalista alemán Heinrich Moritz Willkomm (1821-1895).

El primero, Bory de Saint-Vincent, que llegó a España con las tropas napoleónicas, publicó una notable *Guía del viajero en España* (1823), un valioso *Resumen geográfico de la Península Ibérica*, de 1826, y una “Visión de conjunto de la geografía física de España”, que se incluyó en la tercera edición del *Itinerario descriptivo de España*, de Alexandre de Laborde, de 1827. De modo que el *Itinerario* de Laborde incluyó así, a partir de esa tercera edición, junto a la “Noticia sobre la configuración del suelo de España y su clima”, de Humboldt, recogida ya en la primera edición, los dos perfiles topográficos del mismo Humboldt y la “Visión de conjunto de la geografía física de España”, de Bory de Saint-Vincent. El contenido geográfico del libro de Laborde, notable ya en su primera edición, se vio así enriquecido, desde la tercera, veinte años después, con los perfiles de Humboldt y la interpretación de Bory.

La obra de tema español de Bory es valiosa desde el punto de vista geográfico y cartográfico, como han señalado en uno de sus estudios Juan Carlos Castañón Álvarez/Francisco Quirós Linares (2004), y ofrece además algunas imágenes paisajísticas inequívocamente modernas. Azorín (1913: 270-271) advirtió que su *Guía del viajero en España*, sin ser una obra literaria, tenía ya interesantes impresiones paisajísticas o, como dice Azorín, “rasguños de paisajes”. Algunos de esos rasguños de paisajes se encuentran en la descripción que hace Bory del paso de Napoleón por la Sierra de Guadarrama, haciendo frente a “un durísimo temporal”, en la que percibe Azorín una íntima y profunda relación entre la energía desplegada en el trance por el emperador y el panorama del Guadarrama, con sus “peñas y canchales grandiosos, severos, casi negros en este día tormentoso”.

Por su parte, el segundo de los autores mencionados, el naturalista alemán Willkomm, llevó a cabo importantes investigaciones sobre la caracterización orográfica y botánica de la Península Ibérica, y publicó, en 1852, su tesis doctoral sobre Las regiones de costa y de estepa

de la Península Ibérica y su vegetación, y al año siguiente, en 1853, un interesante “Bosquejo orográfico de la Península Ibérica”, que apareció en el *Boletín Oficial del Ministerio de Fomento*.

Pero la visión geográfica de España posterior a la de Humboldt más completa, importante e influyente fue la ofrecida por el geógrafo francés Élisée Reclus (1830-1905) en el primer volumen de su *Nueva Geografía Universal*, publicado en 1876 (Ortega Cantero/García Álvarez 2006). A la hora de elaborar el capítulo sobre España de esa *Nueva Geografía Universal*, Reclus utilizó como fuentes aquellas obras que proporcionaban algunos datos y algunas interpretaciones sobre la realidad natural y geográfica española. Un primer grupo de tales fuentes fue el constituido por los libros de viajes, sobre todo los de la primera mitad del siglo XIX, que Reclus tuvo muy en cuenta a lo largo de las páginas dedicadas a España. Se refiere en varias ocasiones a los viajeros que habían recorrido el país y a sus observaciones y valoraciones sobre la naturaleza y los paisajes que iban viendo. El texto de Reclus se apoya continuamente en las consideraciones de los viajeros que le habían precedido, y sigue en ocasiones de forma casi literal lo que habían dicho algunos de ellos. Los testimonios de esos viajeros –los franceses Bourgoing, Laborde, George Sand, Gautier, Quinet o Davillier, o el inglés Ford–, muy presentes, de forma más o menos explícita, a lo largo de todo el texto, ayudaron a Reclus a acercarse a la realidad natural y geográfica de España.

También utilizó Reclus como fuentes otras obras. En el terreno científico, además de las consideraciones de Humboldt, tuvo en cuenta los estudios de Bory de Saint-Vincent y de Willkomm, que fundamentaron en buena medida su visión de los rasgos naturales y geográficos de España. Y prestó atención asimismo a los datos proporcionados algunos geógrafos y naturalistas españoles, como Francisco Coello, Francisco Luxán y Agustín Pascual. Finalmente, a las fuentes literarias y científicas se añadieron otras, de variada índole, debidas a autores como Wilhelm von Humboldt, estudioso de la lengua vasca, el Archiduque Luis Salvador, con su obra monumental sobre las Baleares, o el político y propagandista socialista Fernando Garrido, de quien le interesaron especialmente sus ideas federalistas.

Ésas son las coordenadas en las que se mueve el texto sobre España de la *Nueva Geografía Universal* de Reclus. Hay en ese texto continuidades evidentes respecto de las obras anteriores que se han men-

cionado. Reclus es deudor, en el terreno literario, de la perspectiva conformada por los libros de viajes, y lo es también, en el campo científico, de los puntos de vista que habían propuesto algunos años antes los geógrafos y naturalistas, españoles y extranjeros, que acabamos de mencionar. La óptica naturalista y geográfica que aplica Reclus a España se apoya en las noticias e interpretaciones de esos científicos, en ocasiones algo anacrónicas ya a mediados de los años setenta, cuando aparece el texto de Reclus, que no tuvo ocasión de incorporar otras perspectivas más actualizadas, como, por ejemplo, las muy renovadas visiones de la organización y de la evolución geológica y geomorfológica de la Península Ibérica que comenzaron a conformar, en esos mismos años setenta, los primeros geólogos españoles modernos (José Macpherson, Salvador Calderón y Francisco Quiroga), introduciendo y desarrollando en España las perspectivas teóricas y los modos de trabajo de la investigación foránea entonces más avanzada.

La visión geográfica de España ofrecida por Reclus aportó, en relación con la propuesta antes por Humboldt, algunas novedades significativas, que se pueden resumir del siguiente modo:

1. En primer lugar, la visión de España ofrecida por Reclus no se ciñó a una óptica naturalista, de geografía física, sino que incorporó además las dimensiones de la geografía humana, incluyendo las consideraciones de índole histórica y nacional directamente conectadas con ella.
2. En segundo lugar, la visión de Reclus aunó los dos grandes legados de la geografía moderna: por una parte, el legado del paisajismo geográfico de Humboldt, su modo característico de entender el paisaje, aunando la razón y el sentimiento, la ciencia y el arte, la explicación y la comprensión; y, por otra parte, el legado de Ritter, con sus ideas sobre las conexiones entre las condiciones naturales y geográficas de los territorios y los desarrollos históricos producidos en ellos. Reclus fue discípulo de Ritter en la Universidad de Berlín, tradujo en 1859 al francés uno de sus textos más significativos —“Sobre la configuración de los continentes en la superficie del globo y su función en la historia”, de 1850—, e incorporó plenamente su idea de que la historia es inseparable de las condiciones geográficas y naturales en las que se desenvuelve.

3. Y, en tercer lugar, Reclus, en consonancia con su horizonte anarquista, aportó a su visión de España un notable sentido crítico, desde el punto de vista histórico y social, y ello contribuyó a que esa visión geográfica fuese bien recibida y consecuentemente incorporada por los círculos reformistas y regeneracionistas españoles.

Desde el punto de vista paisajístico, que es el que nos interesa tener aquí en cuenta, lo que hizo Reclus fue introducir un modo de entender el paisaje y de representarlo —literaria y gráficamente— que aplicaba y prolongaba con acierto, por vez primera en el caso de España, la perspectiva del paisajismo geográfico moderno promovida por Humboldt. Precisamente por eso, la obra de Reclus ocupa un lugar destacado en el descubrimiento moderno del paisaje de España. Reclus ofreció en 1876 la primera visión del paisaje español inspirada en los postulados del paisajismo geográfico moderno de cuño humboldtiano. Reclus modificó de ese modo los términos de la visión anterior del paisaje de España: lo que había sido hasta entonces, con los escritores y pintores románticos, una visión predominantemente estética, pasa ahora, con Reclus, a ser una visión más geográfica, más próxima a Humboldt, en la que se busca una relación más equilibrada entre la dimensión estética, que no desaparece, y la dimensión científica. Reclus fue el primero en dar ese paso respecto del paisaje español, abriendo así en España el camino del paisajismo geográfico moderno.

Como buen geógrafo moderno, Reclus considera que los paisajes están relacionados con la historia y con la identidad colectiva o nacional de los pueblos que habitan en ellos. La identidad de los pueblos, su caracterización colectiva, se expresa, por tanto, en el paisaje. Esa correspondencia entre paisaje e identidad se deja ver en distintas ocasiones en el texto sobre España de la *Nueva Geografía Universal*, y un buen ejemplo de ello es lo que allí se dice sobre Castilla. La visión del paisaje castellano que propone Reclus supone, como en otros casos, una cierta sustitución de la imagen romántica anterior por otra más geográfica, y supone además la afirmación de una serie de valores y cualidades, directamente relacionados con su caracterización natural, que hacen de ese ámbito la mejor expresión de la historia y de la identidad nacional de España. Reclus se distancia así de los juicios estéticos muy adversos que los románticos dedicaron a Castilla, y traza de

ella una imagen que expresa certeramente su caracterización geográfica y su fisonomía paisajística, y que prefigura en gran medida imágenes posteriores de ese mismo ámbito, como las procedentes de la Institución Libre de Enseñanza o, en relación con ellas, de la generación del 98.

El texto que sigue, procedente de su *Nueva Geografía Universal*, resulta muy elocuente respecto de esa renovada valoración del paisaje de Castilla ofrecida por Reclus, sensiblemente distanciada del anterior menosprecio romántico:

Las Castillas, esta España por excelencia, no son un país bello, o al menos su belleza, solemne y formidable, no resulta adecuada para ser comprendida por la mayoría de los viajeros. Amplias extensiones de la meseta, como la Tierra de Campos, al norte de Valladolid, son antiguos fondos lacustres, con suelo muy fecundo, pero de una extrema monotonía, por la falta de variedad en los cultivos y la ausencia de vegetación forestal; el suelo se muestra allí al desnudo con sus arcillas y sus arenas matizadas en gris, en azul, en rojo claro, en rojo de sangre. Sus caminos, por los que pasan largas hileras de mulas levantando polvaredas, se confunden con los terrenos vecinos (Reclus 1876: 667).

Reclus (1876: 666-667) distinguió la importancia geográfica de la meseta castellana, a la que consideró, como acabamos de ver, la “España por excelencia”, y relacionó esa importancia geográfica con la importancia de Castilla en la historia española. A la extensión y la “posición dominante” de la meseta habría correspondido, según Reclus, el papel histórico y político preponderante de sus habitantes, los castellanos, en el conjunto peninsular. Y, por lo demás, la caracterización natural del paisaje de Castilla se correspondía, según Reclus, con la caracterización moral de los castellanos.

Los habitantes mismos —escribe— se parecen singularmente a la tierra que los sostiene. Las gentes de León y de las Castillas son serias, parcas de palabra, de actitudes majestuosas, sin altibajos de humor; incluso cuando se alegran, se comportan siempre con dignidad (Reclus 1876: 688).

Plantea de esa manera Reclus una imagen de Castilla, de su importancia geográfica e histórica, de su paisaje y de sus habitantes, de su significado identitario, que anticipa algunos de los rasgos del paisajismo castellanista que se desarrollará después, a lo largo de los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del XX, en los círculos institucionistas y noventayochistas.

La visión geográfica de España y de su paisaje contenida en la *Nueva Geografía Universal* de Reclus influyó directamente en los círculos intelectuales liberales y reformistas del último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX. Reclus propuso un modo de entender el paisaje de España –y, dentro de él, el paisaje de Castilla, casi siempre menospreciado con anterioridad– que fue muy bien recibido y muy tenido en cuenta en esos círculos. Así sucedió en la Institución Libre de Enseñanza –tanto en sus actividades educativas como en las investigaciones de sus profesores–, y así sucedió también, un poco después, en los escritores de la denominada generación del '98.

Terminemos estas consideraciones con una brevísima recapitulación final. Hemos hablado de la primera etapa del descubrimiento moderno del paisaje de España, fundamentalmente dependiente de las miradas exteriores. Fue una etapa que se inició con el siglo XIX y que incluyó, junto a las tempranas consideraciones geográficas de Humboldt, un conjunto de visiones románticas del paisaje español que contribuyeron decisivamente a descubrir sus valores estéticos y a acuñar su primera imagen moderna, referida sobre todo a los ámbitos montañosos y boscosos. Poco después, esa etapa se prolongó y concluyó con una renovada visión paisajística que amplió en términos conceptuales y espaciales el alcance del descubrimiento del paisaje de España. Fue la visión del geógrafo Reclus, que incorporó la perspectiva de los viajeros románticos y la enriqueció con los puntos de vista procedentes del paisajismo geográfico moderno inicialmente promovido por Humboldt.

Reclus amplió conceptualmente su visión del paisaje de España aunando la intención científica y la artística, la dimensión explicativa y la comprensiva, y amplió espacialmente esa visión al aplicarla a la valoración de ámbitos que, como los de la llanura castellana, antes habían sido ignorados o menospreciados. Reclus concluyó así la primera etapa del descubrimiento moderno del paisaje de España, ampliando, respecto de los románticos, tanto los puntos de vista aplicados, como los ámbitos geográficos merecedores de valoración paisajística. Y Reclus abrió además la puerta al paisajismo posterior, al paisajismo que se fraguó inicialmente, desde los años ochenta del XIX, en la Institución Libre de Enseñanza, y que luego se prolongó en diversas manifestaciones artísticas, intelectuales y científicas. Porque

después de esta primera etapa, protagonizada ante todo, como hemos visto, por viajeros y geógrafos foráneos, se gestará otra, ya de carácter nacional, conectada desde luego con la anterior, que se desarrollará a lo largo del último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX, y que estará encabezada por Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza.

Bibliografía

- Alberich, José María (1981): "En torno a los viajeros ingleses de la época romántica". En: *Imagen romántica de España*. 2 t. Madrid: Ministerio de Cultura, t. 1 (Introducción), pp. 29-36.
- (1987): "Actitudes inglesas ante la Andalucía romántica". En: *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*. Málaga: Diputación Provincial de Málaga, pp. 21-44.
- Azorín (1911): "Guías artísticas de España". En: *ABC*, 24 agosto.
- (1913): "Los franceses y el Guadarrama". En: Azorín: *Clásicos y modernos*. Madrid: Renacimiento, pp. 269-277.
- Bory de Saint-Vincent, Jean-Baptiste (1823): *Guide du voyageur en Espagne*. Paris: Louis Janet.
- (1826): *Résumé géographique de la Péninsule Ibérique*. Paris: Dupont.
- (1827): "Aperçu sur la Géographie physique de l'Espagne". En: Laborde, Alexandre de: *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. 6 t. Atlas. Paris: Firmin Didot, t. 1, pp. 16-50.
- Borrow, Jorge (1921): *La Biblia en España*. 3 t. Traducción de Manuel Azaña. Madrid: Jiménez-Fraud.
- Castañón Álvarez, Juan Carlos/Quirós Linares, Francisco (2004): "La contribución de Bory de Saint-Vincent (1778-1846) al conocimiento geográfico de la Península Ibérica. Redescubrimiento de una obra cartográfica y orográfica olvidada". En: *Ería*, 64-65, pp. 177-205.
- Dumas, Alejandro (1929): *De París a Cádiz (Viaje por España)*. 4 t. Traducción de R. Marquina. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ford, Richard (1922): *Cosas de España (El país de lo imprevisto)*. 2 t. Traducción y prólogo de Enrique de Mesa. Madrid: Jiménez-Fraud.
- (1980): *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Reino de Sevilla*. Traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández. Madrid: Turner.
- (1982): *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones generales*. Traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández. Madrid: Turner.
- (1983): *Manual para viajeros por el Reino de Aragón y lectores en casa*. Traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández. Madrid: Turner.

- Gautier, Teófilo (1920): *Viaje por España*. 2 t. Traducción de Enrique de Mesa. Madrid: Calpe.
- Hugo, Victor (1987): *Pyrénées* [Voyage de 1843]. En: Hugo, Victor: *Œuvres complètes. Voyages*. Présentation de Claude Gély. Paris: Robert Laffont, pp. 751-893.
- Humboldt, Alexander von (³1827): "Notice sur la configuration du sol de l'Espagne et son climat". En: Laborde, Alexandre de: *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. 6 t. Atlas. Paris: Firmin Didot, t. 1, pp. 2-16.
- (1876): *Cuadros de la Naturaleza*. Traducción de Bernardo Giner. Madrid: Imprenta y Librería de Gaspar, Editores.
- (1980): *Cartas americanas*. Compilación, prólogo, notas y cronología de Charles Minguet. Traducción de Marta Traba. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1982): *Del Orinoco al Amazonas. Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. Traducción de Francisco Payarols, revisada por Augusto Panyella. Barcelona: Labor.
- (1989): *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*. Études et introductions de Charles Minguet et Jean-Paul Duviols. Nanterre: Éditions Erasmé.
- (1990): *Tableaux de la Nature*. Traduction de M. Ch. Galuski. Études et introductions de Charles Minguet et Jean-Paul Duviols. Index bibliographique de Philippe Babo. 2 t. Nanterre: Éditions Européennes Erasmé.
- (2002): "Sobre la configuración y el clima de la meseta de la Península Ibérica". Traducción de Sandra Rebok, José María Artola y Ramón Morales, revisada por Miguel Ángel Puig-Samper. En: *Revista de Occidente*, 254-255, pp. 107-125.
- Laborde, Alexandre de (1806-1820): *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*. 2 t. Paris: Pierre Didot.
- (³1808): *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. 6 t. Atlas. Paris: Firmin Didot.
- Locker, Edward Hawke (1984): *Vistas de España*. Traducción de José Antonio Zaballenas. Presentación, notas y apéndices de María Dolores Cabra Loredó. Madrid: El Museo Universal.
- López Ontiveros, Antonio (1988): "El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica". En: *Viajeros y paisajes*. Madrid: Alianza, pp. 31-65.
- Melón, Amando (1957): "Humboldt en el conocer la España peninsular y canaria". En: *Estudios Geográficos*, XVIII, 67-68, pp. 239-259.
- Mérimée, Prosper (1988): *Viajes a España*. Traducción, prólogo, notas y cronología de Gabino Ramos González. Madrid: Aguilar.
- Ortega Cantero, Nicolás (1999): "Romanticismo, paisaje y Geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX". En: *Ería*, 49, pp. 121-128.
- (2004a): "Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje". En: Ortega Cantero, Nicolás (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid/Fundación Duques de Soria, pp. 9-35.
- (2004b): "Excursiones y libros de viajes en la Institución Libre de Enseñanza". En: *Andanzas y caminos. Viejos libros de viajes*. Valladolid: Junta de Castilla y León/Ayuntamiento de Valladolid/Caja Duero, pp. 171-195.

- Ortega Cantero, Nicolás/García Álvarez, Jacobo (2006): "La visión de España en la obra de Élisée Reclus: imagen geográfica y proyección política y cultural". En: *Ería*, 69, pp. 35-56.
- Puig-Samper, Miguel Ángel (2005): "Alejandro de Humboldt en la Península Ibérica". En: *Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo*. Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales, pp. 65-73.
- Quinet, Edgar (1931): *Mis vacaciones en España*. Traducción de Manuel Núñez de Arenas. Madrid: La Nave.
- Rebok, Sandra (2005): "La imagen de España creada por Alexander von Humboldt". En: *Revista de Occidente*, 294, pp. 57-75.
- Reclus, Élisée (1876): "L'Espagne". En: Reclus, Élisée: *Nouvelle Géographie Universelle. La Terre et les hommes*. I: *L'Europe méridionale*. Paris: Hachette, pp. 647-915.
- Sand, George (1932): *Un invierno en Mallorca*. Traducción y notas de Pedro Estelrich. Prólogo de Gabriel Alomar. Palma de Mallorca: José Tous Editor.
- Solé Sabarís, Lluís (1966): "Sobre el concepto de meseta española y su descubrimiento". En: *Homenaje al Excmo. Sr. D. Amando Melón y Ruiz de Gordejuela*. Zaragoza: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Willkomm, Heinrich Moritz (1852): *Die Strand- und Steppengebiete der iberischen Halbinsel und deren Vegetation*. Leipzig: F. Fleischer.
- (1853): "Bosquejo orográfico de la Península Ibérica". En: *Boletín Oficial del Ministerio de Fomento*, XIV, pp. 353-378.